

mueertos, y herido grave Edelberto Pestana Rodés. Parte oficial: "Encuentro con una partida rebelde."

Algunas de las notas informativas reunidas por esta Sección exhibían un conmovedor laconismo:

—En Alto Songo, ahorcado Miguel Torres Leyva, de veinte años. En Jiguani, balaceado Miguel Angel Rondón Valiente, en la carretera de Contramaestre a Maffo. Horas antes había sido secuestrado. En La Tabla, barrio Rihito, encontrado el cadáver de un haitiano sin identificar. Enero 4, otro cadáver en la finca San Antonio, Barrio Majaguabo, del municipio de San Luis.

El hallazgo de la finca San Antonio no representaba la primera ni la única víctima en la zona de San Luis. Semanas atrás, Juan Edgardo Morales, ex-candidato a alcalde por el PPC, sucumbió bajo una rociada de plomo a la puerta de su hogar. En la balacera pereció también su amigo Ignacio Castro Cabrera.

La guerra hacía estragos en el área de Guantánamo. El fuego no sólo arrasaba los cañaverales, sino que se extendía hasta los bateyes de los ingenios. Dos naves del central Esperanza y su laboratorio desaparecieron consumidas por las llamas. Las siembras de las colonias Boniato, San José y Perseverancia fueron destruidas calculándose las pérdidas en más de millón y medio de arrobas de caña.

El emisario de EN CUBA en la ciudad del Guaso envió sus apuntes de la situación de Guantánamo, que ahora se reproducen tal y como fueron redactados originalmente, sin calificativos ni comentarios. Los hechos, a la sazón como ahora, hablaban por sí mismos.

—Imposible al periodista obtener informes de las autoridades y mucho menos acercarse a investigar directamente en los lugares donde han ocurrido sucesos. Con mucho trabajo y riesgos, constantemente amenazado, he logrado reunir las siguientes notas. Y la relación de cuarenta episodios:

—Noviembre 26. En la casa número 1565 de la calle Ocho-Sur, domicilio de José Perera Agram y Eutimia Adelaida Batista Hidalgo se produjo una enorme explosión que derrumbó el inmueble, resultando heridos sus moradores. La policía ocupó 25 niples y sustancias químicas. Según las autoridades, allí funcionaba una fábrica de bombas. Detenidos, además de Perera Agram y su esposa, Roberto Pérez y Orlando Perera. Es buscado Jorge Antonio Palacios González, empleado de la base de Caimanera.

En la colonia Cabaña, del barrio Vínculo, fue muerto a tiros por la guardia rural, Ibrahim Castillo Lahera, de veintisiete años, vecino de Santiago de Cuba. En las diligencias se consignó que fue sorprendido dándole fuego a un cañaveral.

—En la colonia Bartú, próxima al Realengo 18, apareció colgado de un árbol el cadáver de Rafael Vega. Petardos y tiroteos durante la Nochebuena. Día de Navidad: muerto a balazos, en la finca Limónes, Idilio Castellanos. En las actuaciones, opuso resistencia al ser detenido.

—En la confluencia de los ríos Bano y Guaso apareció muerto Aracelio Orsé. En el camino de Yateras se encontró el cadáver de un haitiano conocido por "Martinez". En la finca Yaguaramas, otro cuerpo balaceado, sin que pudiera ser identificado.

Las navidades guantanameras se clausuraron con una conflagración que redujo a pavesas un almacén

de azúcar en el embarcadero de Boquerón. La nave, que guardaba 120,000 sacos del dulce producto, quedó reducido a una armazón de hierros retorcidos. En el esfuerzo por sofocar las llamas intervinieron los bomberos de Guantánamo y equipos y personal de la base naval norteamericana.

El nuevo año se inauguró con el hallazgo de tres cadáveres, de los cuales sólo uno, el de Clodomiro Sierra, pudo ser identificado. Y más sangre. Ernesto William, ahorcado; José Granados Pérez, de cuarenta y seis años, vecino de San Lino 552, acerbillado a balazos bajo un puente del ferrocarril, en las inmediaciones del central Soledad; y otros sin identificar en la colonia Montgomery, en El Corojito, en las márgenes del Guaso, en la finca Cabañas...

En la noche del sábado, 7 de diciembre de 1957 —hacia sesenta y un años de la caída de Maceo— fueron sacados de sus casas, en el central Manatí, Pascual Cid, Ramón Rueda y Ovidio Torres. El vecindario, lleno de horror, escuchó los gritos y el llanto de los familiares. Luego, disparos lejanos. A la mañana siguiente, tres cadáveres abandonados sobre la hierba húmeda, bajo el cielo de Oriente. En el Cacahual, a tiempo que sus caballos asolaban a Oriente el sátrapa mancillaba en sus labios el nombre del general Antonio.

El ajusticiamiento de Fermín Cowley, el verdugo del norte de la provincia, significó el punto de partida para una nueva cadena de represalias en Holguín. Las matanzas estuvieron a cargo de Irenaldo García Báez, graduado en la escuela del crimen bajo el profesorado de su padre, el siniestro Pilar García. "De mi padre lo aprendí..."

La ola de terror dejó atrás víctimas de todas las clases sociales. El cuartel Calixto García fue teatro de escenas espantosas. A presencia de sus padres y esposos, mujeres cubanas fueron sometidas a las más atroces ofensas. Los asesinatos estuvieron a cargo del comandante Lavastida, también monstruo de negra historia. Fueron victimados, entre muchos cuyos nombres no pudieron ser recogidos, Manuel Angulo, gerente de la radioemisora CMKO; el dentista Pozo Ochoa; el pedagogo Rubén Bravo, presidente del Colegio Municipal de Maestros y profesor de la Normal; Atanagildo Cajigal, editor de un semanario; el comerciante Mogená y un agente de venta de autos, Ramón Flores.

Todos estos acontecimientos se desarrollaban en pleno régimen de censura. Ni una sola línea publicó la prensa ni una sola palabra salió al espacio a través de la radio. Por el contrario, forzados al silencio, los órganos informativos reproducían el diario parte oficial: "Informan todos los mandos que reina la paz y el orden en todo el territorio nacional."

Los altoparlantes de la dictadura, con absoluto monopolio del comentario y la noticia, tuvieron el impudor de afirmar que la prensa, en su función informativa, constituía un foco de perturbación y una especie de caldo de cultivo para la insurrección. A nadie engañaron. La libertad de prensa estrangulada sólo era uno más entre todos los derechos conculcados por el batistato.

El Ataque Frontal

El inicio de la huelga general se sincronizó con el ataque rebelde a Buycito. El hecho, una simple escaramuza comparada con las

¡Si no es PHILLIPS, no es LECHE de MAGNESIA!



Al comprar este producto de fama mundial, recuerde que Leche de Magnesia sólo hay una: la de Phillips... y que si no es Phillips, no es Leche de Magnesia.



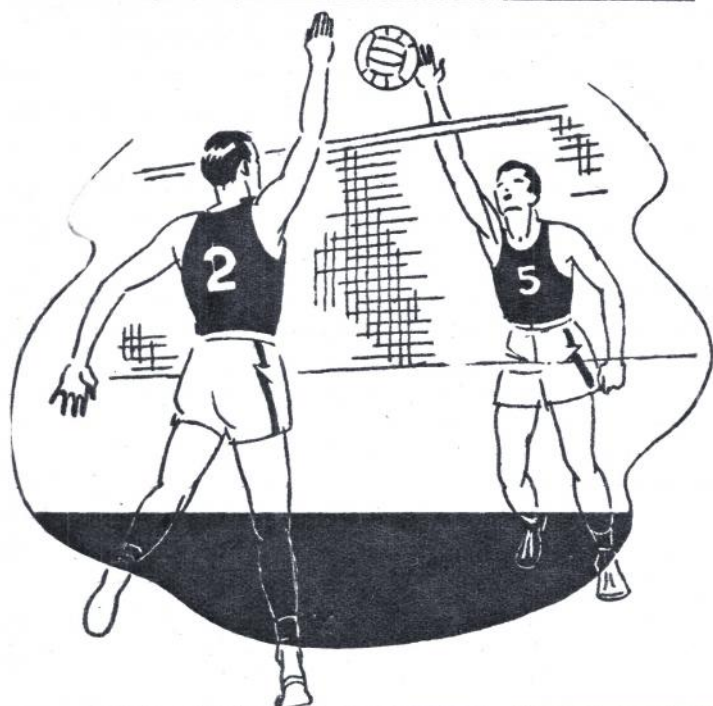
La Leche de Magnesia Phillips no tiene rival debido a su comprobada triple acción: Neutraliza la acidez estomacal, quita suavemente la pereza intestinal y desintoxica el aparato digestivo. Y es buena para toda la familia, desde el nietecito hasta la abuelita. Compre en su farmacia el tamaño grande que resulta muy económico.

**LECHE DE MAGNESIA
PHILLIPS**

Antiácida - Laxante - Desintoxicante

KOLA ASTIER

Intensifica la elasticidad muscular.
Aumenta la resistencia física. Combate
el cansancio y produce mayor energía.



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

grandes batallas que habrían de librarse más tarde. Parecía recogerse, porque fue la primera oportunidad en que el Ejército del M-26-7 se lanzó al ataque frontal de cuarteles, escribiendo la primera página en la cadena de victorias que iban a culminar en la rendición incondicional de la considerada inexpugnable fortaleza de Columbia, a 1,000 kilómetros de distancia.

Aproximadamente a las cuatro de la madrugada del primero de agosto, una caravana de vehículos se detuvo en el lugar conocido por Las Pititas. El convoy se integraba de tres camiones, una camioneta, dos automóviles y un jeep. Descendieron hombres barbudos, armados, que vestían uniformes verde olivo.

Hubo una breve conferencia. A la luz de linternas fueron examinados planos y se impartieron órdenes. Después se reanudó la marcha, lenta, calladamente, con los reflectores apagados. En las afueras de Bueycito descendieron de los vehículos y penetraron en el poblado, siguiendo el itinerario previamente trazado. Cada grupo tenía una misión específica. Fueron tocando a la puerta de los soldados, arrestándolos en sus propios domicilios.

El núcleo principal avanzó hacia el cuartel, por las calles Principal y Teniente Coronel Liens. A las 4:55 antes meridiano, la explosión de una granada marcó el inicio del asalto. Los insurgentes habían instalado una ametralladora en el corredor del juzgado municipal, otra en los bancos de la Avenida Liens, junto a la farmacia, y una más en la valla de gallos, al

fondo del cuartel, que quedó encerrado en un círculo de fuego.

El jefe del puesto, sargento Velázquez, un viejo militar al que todos conocían por "Papá", dirigió la resistencia, rechazando la invitación para que se rindiera. Al cabo, diezmada la guarnición, y cediendo al ruego de sus subalternos, sin posibilidades de victoria, aceptó la conminación de los rebeldes.

Los fidelistas se posesionaron de cuanto podía serles útil: armas, víveres, ropas, frazadas, zapatos, enseres de cocina, el aparato de radio, etc. La bandera del 4 de septiembre, el odiado trapo multicolor fue arriada y ciudadosamente envuelta, como un trofeo conquistado al adversario.

Las bajas de la guarnición batistera consistieron en dos soldados muertos: Emidio Camejo Cruz, de Holguín, y Victoriano Prieto Benítez, de Marianao. Resultaron heridos los alistados Sinforiano Benítez, Victoriano Martínez Prieto, Genaro Machado y Felipe Hernández. Los rebeldes tuvieron una sola baja, un joven nombrado Pedro Barrera.

Al cesar el combate, dos muchachos uniformados que acompañaban a los atacantes se hicieron cargo de la asistencia de los heridos, realizando las primeras curas. Los vehículos se abastecieron de gasolina en la bomba de "Pepe" Alvarez. El jefe insurgente, capitán Ramiro Valdés, impartió órdenes que fueron rápidamente cumplimentadas.

Entretanto, otra fuerza rebelde se había posesionado del poblado de Minas, estableciendo sus cuarteles en la residencia de Miguel Viñas. La operación se realizó si-

lenciosamente, sin dispararse un solo tiro. Por la mañana, los vecinos estupefactos comenzaron a salir de sus hogares. No cabían dudas, allí estaban, en presencia física, los legendarios barbudos de la Sierra Maestra. Allí estaba el fabuloso Ché Guevara, rostro afilado, rematado en una barba puntiaguda, disponiendo la libertad de los soldados prisioneros.

—Nosotros no matamos a los vencidos, se escuchó su peculiar acento argentino, porque somos cristianos. ¡Sargento, queda en libertad! ¡Puede regresar a Bueycito!

A poco de haber partido los rebeldes arribó desde la finca California, donde se encontraba acampado, el teniente coronel Joaquín Casillas Lumpuy, cargado de arreos militares, y seguido de 300 hombres fuertemente armados. El aspecto feroz y el ronco vozarrón parecían presagiar la inmediata persecución de los insurgentes. Un vecino, siguiendo instrucciones de Guevara se le acercó tímidamente.

—Mire, coronel, los barbudos tomaron ese camino y no deben estar muy lejos.

Casillas declinó la invitación. En vez de seguir el rastro del Ché ordenó que prepararan el desayuno para su contingente.

Un relato estremecedor

El estallido de la huelga originada en Santiago de Cuba encontró eco inmediato en Bayamo. A las 11:20 del primero de agosto quedaron paralizadas todas las actividades en la Ciudad Monumental. Como en la capital de la provincia, el paro fue masivo y total.

Como siempre, la primera víctima fue un adolescente de 17 años, Manuel Pedreira López, herido a tiros frente al establecimiento La Muralla. Conducido al Hospital Civil, su agonía duró una semana. No se permitió acompañamiento en el cortejo. Días atrás, el sepelio del panadero Chávez, muerto en iguales circunstancias, había sido una extraordinaria manifestación de duelo.

Se escenificaron combates en las calles. Grupos de muchachos, estratégicamente distribuidos, cambiaban disparos con los soldados de Batista. Una mañana, un comando insurgente protagonizó un encuentro con una patrulla militar, frente al pequeño comercio La Mazorca. En la balacera fue herido el alistado Tomás Miguel Alvarez, de la primera compañía, batallón número uno del regimiento "4 de septiembre". Uno de los proyectiles alcanzó al niño Diosdado Pita.

Oscar Mateo López fue muerto en la Avenida Castro. En la otra orilla, en la finca Valle de Oro, apareció el cadáver de Rubén Avila. En sus ropas, un cartel: "Por chivato lo mató la Revolución". En sus bolsillos fue hallada una credencial del ministerio de Defensa, suscrita por el teniente Edmundo Costales Ferrer, acreditando sus repugnantes servicios de confidente y delator, a las órdenes del mencionado oficial.

La cuna de Céspedes era, además, cuartel de operaciones contra la Sierra Maestra. Se veían cientos de soldados en uniforme de campaña que marchaban o regresaban del frente. Circulaban en todas direcciones las unidades blindadas, los carros patrulleros y las ambulancias de la sanidad militar. La guerra estaba allí, vigente en toda su crudeza. El 21 de octubre

de 1957 fue la gran noche del terror.

El drama empezó cuando el sargento Manuel Pompa Castañeda y el alistado Roberto Estrada Sarmiento, del escuadrón 13 de la guardia rural, perecieron en un encuentro con milicianos del M-26-7. En el tiroteo, dos civiles, Ángel de la Guardia y David Rodríguez, resultaron heridos.

A la media hora se generalizó la balacera por toda la ciudad. Bayamo quedó a oscuras en medio del tabletear de las ametralladoras. El pánico se extendió por la ciudad y muchos creyeron que se estaba produciendo un ataque en gran escala de las fuerzas rebeldes. Al día siguiente se conoció el terrible balance de aquella terrible noche. El ejército de Batista añadía un nuevo capítulo a su tenebroso expediente.

Idalberto Blas Tamayo Maceo, de 25 años; Mario Alarcón Milán, de 20; el adolescente Rubén Noguera Castillo, Luis Felipe Loti Ossorio, Gilberto López Bosch, Nardonio Hechevarría Ramón, Pedro Batista Fonseca y el procurador Vicente Quesada, líder de la zona bayamesa, todos aparecieron muertos a balazos.

Afloró un relato estremecedor. En la colonia El Manguito, dos campesinos encontraron a un hombre cubierto de sangre y tierra. Conducido a Bueycito, fue atendido por el médico Orlando P. Valdés. Dijo llamarse Eugenio Avila Cané, natural de Guaro, Mayarí.

Narró su odisea. Junto con dos compañeros, Ferdinando Torres Bernal de 18 años, y Gerardo Sed Moreno, de 26 años, había partido rumbo a las montañas para unirse a los rebeldes. Los detuvo una de las patrullas del ejército.

—¡Alto! ¿A dónde van?

Las explicaciones no satisficieron a los captores y con una ráfaga de ametralladora abatieron a los tres jóvenes. Los sepultaron en una fosa improvisada y partieron a caza de nuevas víctimas. Sólo que Avila únicamente estaba herido y logró salir de la tumba. Indicó el lugar y bajo actuación judicial fueron exhumados los cadáveres de Torres y Moreno, posteriormente sepultados en el cementerio de Bueycito.

El exterminio de la familia Argote superó en jerarquía trágica a cuanto había vivido Bayamo hasta entonces. La matanza estuvo dirigida por el coronel Merlo Sosa. La lista de víctimas: León Martín Argote, cafecultor y jefe de familia; Conrado Argote, de 20 años; Eleusipio Argote Pita, de 16; Gerardo Argote Maceo, de 19; Juan Argote Estrada, de 14; Víctor Argote, de 15; Aracelia Argote, de 48; Cirilo Argote Cisneros, de 23, y el yerno de León Martín Argote, Lorenzo Céspedes, de 19 años de edad.

Sólo escapó un niño de 8 años. Ocurrió en la finca El Oro, barrio del Dátil, donde la cifra de campesinos muertos o desaparecidos pasaba por ese tiempo del centenar. A finales del 1957 el teniente Morejón, de la guarnición de Bayamo, asesinó a 18 civiles que fueron delatados por un tal Wito, que más tarde, temeroso de las sanciones revolucionarias, se refugió en La Habana.

La lucha se desplazó hacia el oeste, con meta en Manzanillo. Durante los días finales del año los rebeldes se acercaron más al golfo de Guacanayabo, arrasando los sembrados de caña y arroz. Un

grupo llegó hasta el hospital de la ONDI, donde requisaron víveres y medicinas. Hubo **raids** contra el puesto de Veguita y los molinos del millonario Aguilera.

La jornada de Bayamo se repitió en Manzanillo. El 28 de diciembre se desató una ola de sangre en la ciudad de Bartolomé Masó. La pandilla de Rolando Masferrer escenificó la cacería humana. Las ejecuciones empezaron en el parque Bertot, en la persona de un vigilante de la policía.

De inmediato, los ejecutores se encaminaron a Jibacoa, buscando a "El Gallego" Vila. Atraparon a un hermano de éste, de 14 años, quien dio la dirección de un tercer hermano, propietario de un bar. Allí, a presencia de los parroquianos, ametrallaron a los dos hermanos Vila —el niño y el propietario del establecimiento— y el dependiente José López.

El siguiente nombre en la lista era el de Rogelio Gandarilla, que fuera alcalde de facto durante la provisionalidad de Mendieta. Gandarilla, oportunamente avisado, se refugió en La Sierra con un núcleo de amigos. En esta operación perdieron la vida dos guajiros de Cayo Espino.

Otro que logró escapar de primer intento fue Horacio Reina, vecino de Campechuela. No pudo ser localizado y en su lugar acribillaron a tiros a un sobrino, de 17 años. Le dieron más de 60 balazos. Horas más tarde descubrieron a Reina oculto en una casa de la calle Benítez. Lo sacaron y ultimaron en plena calle, frente al parque Bertot.

Después de balacear a un individuo de apellido Mariño, los "tigres" de Masferrer recurrieron sobre Campechuela, secuestrando a un joven al que se atribuían relaciones con los fidelistas. Fue la décima ejecución de la jornada. Los siguientes correspondieron a un campesino de apellido Fuentes y a su hijo de 15 años. Poco después se llevaron al jovencito de 17 años, "Elias Zaldivar", al que abandonaron en un monte con el cráneo deshecho por las balas calibre 45.

Los asesinos aumentaron su ritmo. En Veguitas una familia había dado alimentos a los rebeldes. Hasta allí llegaron los pandilleros de la dictadura. Encerraron a la familia dentro de la casa y le pegaron fuego. Perecieron entre las llamas nueve personas, entre ellas tres niños, uno de ellos de año y medio de nacido. Idéntica hazaña realizaron en Guisa.

Agotada la cosecha de víctimas, los "tigres" abandonaron la zona de Manzanillo. En la capital, una nota palatina anunció que "el senador Rolando Masferrer había almorzado con el señor presidente dándole cuenta de la plausible labor que vienen desarrollando los militantes del PUR, cooperando con la fuerza pública en el mantenimiento del orden y protección de la ciudadanía".

En la finca Corojito, de la sucesión Lastres Alsina, ubicada entre Bueycito y cerca del poblado de la Piñuela, los matarifes del ejército instalaron una especie de cementerio privado. Allí ejecutaban a las víctimas. En la noche se escuchaban tiros. Los vecinos, espantados, abandonaron La Piñuela. Un día habían visto a un perro sujetando entre los dientes un brazo humano.

Páginas de bravura

El primero de abril, cumpliendo su famoso anuncio de los 14 puntos, las fuerzas rebeldes de Oriente iniciaron su ofensiva. Las unidades militares del M-26-7, descendieron al llano, se desbordaron por las carreteras y caminos, paralizando el transporte. Mientras, las milicias que combatían en las ciudades intensificaron sus actividades. Toda la provincia se transformó en campo de batalla.

De esta etapa sombría sólo existen datos inconexos. A la censura y suspensión de garantías se unió la ominosa ley de emergencia nacional que barría con los últimos vestigios constitucionales. Fulgencio Batista impuso la ley de la selva, el derecho de la fuerza. Oriente y, progresivamente, Camagüey y Las Villas quedaron aisladas del resto de la Isla.

La búsqueda de la noticia se persiguió como si fuera un delito. El periodista Rubén Castillo, a cuyo sentido del deber profesional y su valor cívico debe BOHEMIA muchas de estas informaciones, tuvo que abandonar a Bayamo para salvar la vida. Desde Santiago, otro compañero, Frank Sarabia, hacia llegar a esta Sección, en trazo panorámico, una visión de los acontecimientos.

El 9 de abril, a tiempo que CMQ y CNC daban al espacio la consigna de huelga general, empezaron a repicar furiosamente las campanas de la Santa Basílica Metropolitana Iglesia de la Catedral. En los establecimientos santiagueros, docenas de mujeres distribuían sigilosamente un pequeño volante: "HOY, HUELGA. M-26-7". La noche anterior, una tremenda explosión —originalmente preparada para el Moncada— ocasionó graves daños en la Cuban-Air.

Las milicias salieron a la calle y Santiago se transformó en zona de batalla. Fue atacado el puesto de la rural en Boniato, explotaron una tras otras enormes bombas, ardían depósitos de gasolina, los cocteles en llamas surcaban el espacio y en las aceras iban quedando los muertos y heridos. Así transcurrió el día, llegó la noche y amaneció el 10 de abril, sin que amainara el fragor de la pelea.

En circunstancias normales lo que sucedió en la ciudad de los Maceo hubiera ocupado ancho espacio en la prensa, en cintillos cargados de dramaticidad. Al cabo de nueve meses se imponía la síntesis, sacrificando a los imperativos de la actualidad el recuento pormenorizado de aquel capítulo de singular heroísmo.

Se combatió, de esquina en esquina y de casa en casa, a lo largo de las calles Gerona, Trinidad, San Germán, Lauro Fuentes, San Pio, 10 de Octubre, Habana, San Fernán, Estrada Palma, Lacrete, San Félix, Factoría y Rastro. Ya en la tarde del 9 de abril se encontraban 23 cadáveres en el Necrocomio, la mayoría civiles. El número de víctimas aumentó en las horas siguientes.

A las tres de la madrugada del viernes 11, una tremenda explosión hizo temblar a Santiago de Cuba. Los edificios fueron sacudidos como si se tratara de un terremoto y las vidrieras comerciales se convirtieron en añicos. La onda expansiva abrió puertas y ventanas. Por un momento pare-

HONGOS..?

ACETOLIA ROBAINA

Contra los hongos, las grietas, el desagradable sudor y la desesperante picazón en los pies, ACETOLIA ROBAINA actúa, rápida y eficazmente, desde las primeras aplicaciones. La acción curativa de ACETOLIA ROBAINA es maravillosa en las afecciones de la piel.

Facil de aplicar
maravillosa en
sus efectos



UN PRODUCTO DE LABORATORIOS ROBAINA